TEATRO CONTEMPORÁNEO.

HUYENDO DE LO QUE CORRE,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

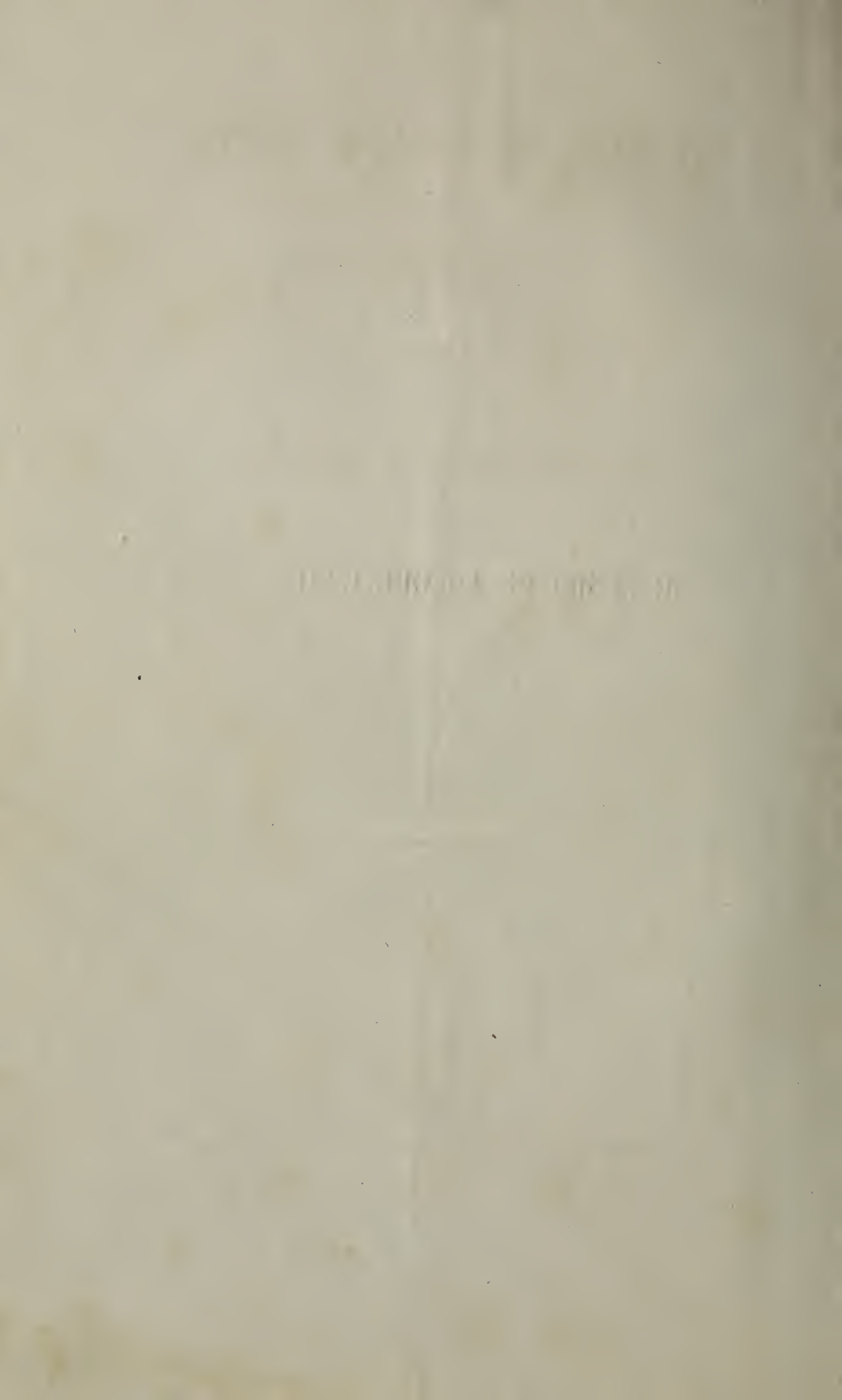
DON JOSÉ APARICI Y VALPARDA.

Representada por primera vez en Madrid en el teatro del Príncipe el dia 24 de Diciembre de 1867.

J. M. M.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

HUYENDO DE LO QUE CORRE.



HUYENDO DE LO QUE CORRE,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ APARICI Y VALPARDA.

Representada por primera vez en Madrid en el teatro del Príncipe
el dia 24 de Diciembre de 1867.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA SERAFINA........	SRA. DANSANT.
LOLA, su hija............	STA. BOLDUN.
DON SERAFIN..........	SR. FERNANDEZ.
DANIEL.................	SR. OLONA.
JUAN....................	SR. BELLMONT.
EL DOCTOR............	SR. IBAÑEZ.
UN MOZO...............	SR. GARRALON.

La escena pasa en un establecimiento de baños termales de los Pirineos.—Época actual.

ACTO ÚNICO.

Jardin ó terraza de un establecimiento de aguas termales: Á la derecha, la entrada, con cancela; á la izquierda, un cuerpo del edificio, que se supone ser comedor; en segundo término, con puerta y salon de lectura y recreo, en primero; á la puerta de este, mesas y sillas; al fondo, varias puertas conduciendo á las dependencias, fonda, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

DANIEL y JUAN; el primero, leyendo un periódico, sentado junto al salon de lectura; el segundo, hablando con un Mozo que lleva varios efectos de equipaje.

JUAN. Esto ponedlo con el
equipaje. Ahora voy yo.

MOZO. Quereis almorzar?

JUAN. Aun no.

(Váse el Mozo por una puerta del fondo.)

DANIEL. Qué veo! Juan!

(Reconociéndole y corriendo á su encuentro.)

JUAN. Daniel!
Aprieta! quién me diria
que te habia de encontrar
aquí! Dime, ¿vas á estar

mucho tiempo?

DAAIEL. Ya debia
estar en Madrid.

JUAN. Qué prisa!

DANIEL. Aquí estoy haciendo el tonto
sin sustancia. Por de pronto,
vas á darme una camisa.

JUAN. Una camisa?

DANIEL. Sí tal.
Me la darás?

JUAN. Por supuesto.
Y tu equipaje?

DANIEL. Lo puesto.

JUAN. Cosa más original!
Pero qué te ha sucedido?

DANIEL. Un cúmulo de aventuras,
mejor dicho, desventuras
en donde me hallo metido.
Una amorosa pasion,
llave de todo el belen,
me tiene de tren en tren,
de estacion en estacion,
há un mes, sin más equipaje
que el puesto.

JUAN. Ven; tomarás
lo que gustes.

DANIEL. Luego.

JUAN. Estás
hecho un Adan!

DANIEL. Salvo el traje.

JUAN. Graciosa creo ha de ser
la aventura!

DANIEL. Singular.
Se la puede titular
Por seguir á una mujer.
Por seguir los ojos bellos
de una niña; mejor dicho,
por no vencer el capricho
que me arrastra detras de ellos,
mi crítica situacion
aumenta, querido Juan,
el amoroso volcan

de una vehemente pasion.

JUAN. Ardo por saber el cuento.
Tú enamorado?

DANIEL. Y desnudo.

JUAN. Lo estoy oyendo y aun dudo.

DANIEL. Escucha.

JUAN. Ya estoy atento.

DANIEL. Á Paris desde la córte
de España, há cosa de un mes,
me conducia un esprés
del ferro-carril del Norte.
Viajaba sin otro fin
que oir á *Theresa* cantar
Les sapeurs y visitar
las timbirimbas del Rhin.
Pues señor, llegado el tren
á un cruce... ó bifurcacion,
detúvose en la estacion,
y yo me bajé al anden,
de fumar bajo el pretexto,
con el fin premeditado
de asomarme al reservado
de señoras; cuando en esto
llega otro convoy, se para,
le paso revista; en el
venia, Dios de Israel!
una polla... Juan, qué cara!
Iba entre papá y mamá
en un vagon de segunda.
Una mamá rubicunda
y un esférico papá.
Una causa perentoria
hizo bajar á la madre
del coche, siguióla el padre
y aquel cachito de gloria,
que al bajar me enseñó un pie...
ay que pie!

JUAN. Sigue tu cuento.

DANIEL. Tardó la madre un momento;
habia ido... no sé á qué.
Me enamoró en derechura
la niña; una simpatia

misteriosa me atraia
hácia aquella criatura.
Pasearon, los seguí;
dirigiéronse al bufé,
entraron, en él entré;
salieron, detras salí...
Con qué gusto iba vestida!
qué mona! verde esmeralda
era su traje, la falda
la llevaba recogida.
Dí, quién, á no ser de estuco,
aquellos pies mandarines
resiste! tan chiquitines,
y un sombrerito tan cuco,
con su alita de pichon,
la cabeza de un mochuelo,
el sígueme pollo, el velo,
los gemelos y el baston.
Ya ves, si vista de noche,
velada por el *guipure*
me hizo...

JUAN. Prosigue.

DANIEL. *En voiture*,
que quiere decir: «al coche,»
gritan; en la confusion
yo corro á los coches, y
maquinalmente seguí.

JUAN. Qué?

DANIEL. La alita de pichon.
Entro en el departamento,
coloco mi humanidad
enfrente á la trinidad.
Cierran la puerta; da al viento
el motor su voz aguda;
comienza á andar lentamente,
luego veloz... de repente
me asalta terrible duda.

JUAN. Buen lance, por vida mia.

DANIEL. Ví entónces que distraido
en el tren me habia metido
que á España se dirigia.
No pudiendo remediar

aquella equivocacion,
con tanta resignacion
me eché en brazos del azar.
Soy fatalista; esto zanja
la cuestion; será el destino,
me dije, que en mi camino
pone mi media naranja.
Chico, el que no se consuela
es porque no quiere.

JUAN. Justo.

DANIEL. Ya le iba tomando gusto
á este lance de novela,
considerando como un
decreto providencial
aquel encuentro casual,
cuando llegamos á Irun.
Terminaba allí su viaje;
imitarles decidí,
y un telégrama expedí
reclamando mi equipaje.
Me alojé en la misma fonda
que ella, y sobornando al mozo,
á su lado, ébrio de gozo,
comí en la mesa redonda.
Al principio resistió;
al cabo de una semana
estaba ya más humana
y una esperanza me dió.
Y cuando ya la esperanza
iba á trocarse en un sí,
en la mesa no la ví;
se habia ido.

JUAN. Cruel mudanza.
Y á dónde?

DANIEL. Á San Juan de Luz.
Corro allá; sí; habian estado;
pero se habian marchado
el mismo dia á Zarauz.
Y allá voy donde ellos van,
sin darles alcance nunca;
pero mi fe no se trunca
y voy á San Sebastian,

á Bagneres, Santander,
Spá, Vichy, Biarritz, Pau,
Aguas-buenas, qué sé yo,
sin dar con esa mujer.
Y mi equipaje detrás,
mi situacion parodiando,
de un punto á otro viajando
sin darme alcance jamás.

JUAN. Y cómo el verla un momento
despertó tal frenesí?

DANIEL. Qué quieres, yo soy así;
cuestion de temperamento.
Por último, no sé dónde
la alcanzo; escucha mi cuita,
y en una amorosa cita
sé que á mi amor corresponde;
que hay que allanar un estorbo,
y de su labio al fin sé
que viajan tanto porque
huyen del cólera morbo;
que es tal su fuerza nerviosa,
su impresionabilidad,
que á la menor novedad
ponen pies en polvorosa.
Desde entónces he seguido
constante el itinerario
que por correo diario
la niña me ha dirigido.
Todo iba perfectamente
cuando, si mal no recuerdo...
sí, en Panticosa, la pierdo
de vista completamente.
En vano una carta suya
aguardo... entónces, herido
en mi orgullo, me decido
á que el enredo concluya.
Ay, tarde olvidarla quiero,
que amor mi cerebro ofusca...
Corro otra vez en su busca
y se me acaba el dinero.
Aquí llegué y aquí estoy
há seis dias, pues pedí

que me girasen aquí,
y no ha llegado hasta hoy
la letra, ¿qué debo hacer,
debo su rastro buscar,
ó del todo abandonar
el amor de esa mujer?

JUAN. De dónde es?

DANIEL. Ahí está el quid;
que no lo sé á punto fijo:
si mal no recuerdo, dijo
que habitaban en Madrid.

JUAN. Cómo se llama tu suegro?

DANIEL. Don Serafin.

JUAN. Es bastante.

DANIEL. Sí, búscame un estudiante
que va vestido de negro
en Salamanca.

JUAN. No, al fin
nombre y residencia es algo.

DANIEL. Échale en Madrid un galgo
á un señor don Serafin.

JUAN. Don Serafin... un señor
gordo...

DANIEL. Justo.

JUAN. Y la mamá?...

DANIEL. Serafina.

JUAN. Pues está
el objeto de tu amor
aquí.

DANIEL. Sí!

JUAN. Respira, amigo,
los seráficos autores
del ángel de tus amores
han llegado aquí conmigo.

DANIEL. De veras?

JUAN. Refrena el gozo.
Yo me puedo equivocar.
Se lo puedes preguntar
al Mozo.

DANIEL. Al momento. Mozo! (Llama.)
Allí se está puesto en jarras!
Mozo!

ESCENA II.

DICHOS, el MOZO, el DOCTOR, D. SERAFIN y luego LOLA.

MOZO. Señor! (Qué mareo!)
DOCTOR. Hé aquí un hermoso paseo.
(Enseñándole el edificio á D. Serafin.)
DANIEL. (Don Serafin!)
SERAFIN. (Ap. por Daniel.) El de marras.
MOZO. Qué mandan los señoritos?
JUAN. Es él? (Bajo á Daniel.)
DANIEL. Sí tal. (Al mozo.) ven acá.
Almuerzo para dos. Ah,
suprime los huevos fritos.
DOCTOR. Caballero...
DANIEL. Adios, Doctor.
LOLA. Él!! (Al salir, reparando en Daniel.)
DANIEL. (Ella!!) Tengo el honor...
(Váse con Juan saludando con esa frase á todos.)
LOLA. (Solo nos faltaba eso.)

ESCENA III.

El DOCTOR, D. SERAFIN y LOLA, que se pasea visiblemente agitada, aunque con ademan distraido; en tanto siguen los otros viendo el edificio.

DOCTOR. Y allí salon de lectura
con su piano.
SERAFIN. Magnífico:
pero diga usted, la música
al que lee...
DOCTOR. Por lo mismo
la he puesto, es mi sistema,
el piano y el periodismo
segun mis cálculos son
dos agudos soporíferos
que ejercen grande influencia
del hombre en el organismo;
el letárgico sopor
que derrama en los fluidos

la lectura de un periódico
ó de una tecla el sonido
ayuda á la digestion.
Aquí todo está previsto
para que higiene y recreo
se hallen siempre reunidos.

SERAFIN. La explicacion me convence.
Y esto está muy concurrido?

DOCTOR. Gente no falta: cada año
cuatro ó seis mil individuos
entre gotosos, herpéticos,
escrofulosos y tísicos
en las aguas sulfurosas
se sumergen.

SERAFIN. (Vaya un pisto!)

DOCTOR. Viene usted á tomar aguas?

SERAFIN. No, yo prefiero los vinos.

DOCTOR. La señora!

SERAFIN. No, tampoco.

MOZO. Señorita. (Saliendo y dirigiéndose á Lola.)

LOLA. Qué hay?

MOZO. Ha dicho
la señora...

LOLA. Qué? (Alarmada.)

MOZO. Que suba
usted.

LOLA. Le habrá sucedido
algo...

DOCTOR. Se sentia enferma?

SERAFIN. No, sí... pero voy yo mismo.

LOLA. Si será para ayudarla
á mudarse de vestido. (Hace que se va.)

SERAFIN. (Siguiéndola hasta la puerta del fondo.)
Por si acaso á la derecha
y en el fondo está el frasquito
del elixir; y en la caja
los polvos preservativos.
Que no olvide la franela
ni azufrarse del tobillo
abajo. (Váse Lola seguida del Mozo.)

ESCENA VI.

El DOCTOR y D. SERAFIN.

DOCTOR. Pero qué ocurre?
SERAFIN. Nada, nada: yo imagino
que no será más que el susto.
DOCTOR. Pero es el caso...
SERAFIN. (Alarmado.) Que ha dicho
usted de caso? Aquí hay casos?
Doctor, hable usted.
DOCTOR. Pues digo
que podriamos subir
á ver qué ocurre.
SERAFIN. Respiro.
No señor, no es necesario,
al ménos así confio.
DOCTOR. Qué padece la señora?
SERAFIN. Doctor, un mal agudísimo;
el propio que yo padezco
há tres meses.
DOCTOR Es preciso
para que yo el diagnóstico
pueda hacer, desde el principio
conocer todos los síntomas.
SERAFIN. Síntomas! otro fatídico
vocablo! Hasta ahora ninguno.
DOCTOR. Entónces...
SERAFIN. Uno gravísimo
hay tan solo, si por síntoma
se toma el miedo supino
que á mi cónyuge y á mí
nos tiene en un gran conflicto.
Un miedo piramidal,
un pánico tan contínuo,
un susto tan pertinaz,
tan magno y superlativo,
que á durar un poco más
el convencimiento abrigo
que si la piel no nos cuesta
va á ser á costa del juicio.

DOCTOR. ¿Pero qué motiva ese
apocamiento de espíritu?
SERAFIN. Ay, amigo, lo que corre;
ese huesped maldecido
que en mal hora abortó el Ganges.
DOCTOR. El cólera morbo?
SERAFIN. Chito:
me ha dado usted con nombrarlo
un calambre en el oido.
DOCTOR. No hay por qué apocarse: aquí
por fortuna nunca vino,
y la higiene de la casa,
lo ventilado del sitio,
con alguna precaucion
de parte del individuo
hará que si viene sea
por completo inofensivo.
Ea, valor.
SERAFIN. Por si acaso,
tiene usté algun específico?
DOCTOR. No creo en los Dulcamaras,
y debe usté hacer lo mismo.
SERAFIN. Pues yo lo tengo infalible,
y llevo siempre conmigo,
ademas éter, azufre,
manzanilla, malvavisco,
yerba de *mata la pulga*,
láudano, alcohol, cigarrillos
de alcanfor...
DOCTOR. Pues falta entónces
un remedio sencillísimo.
Buen aguardiente anisado
para echar algun traguito
despues de comer.
SERAFIN. Lo tengo,
y que es Escatron legítimo.
Conque me aconseja usted?...
Me place el preservativo.
DOCTOR. Aquí llega la señora.
SERAFIN. Es verdad.
DCRTOR. Yo con permiso

voy á hacer una visita.

SERAFIN. Á un enfermo?

DOCTOR. Sí, del hígado.
Señora... (Saludando á Doña Serafina.)

SERAF. Beso...

SERAFIN. Es estar
en sobresalto contínuo.

ESCENA V.

D. SERAFIN y DOÑA SERAFINA.

SERAFIN. Sabes que me has asustado?
Llamaste con tanta prisa
á Lola...

SERAF. Me era precisa
para dejar arreglado
todo. Imprudente...

SERAFIN. Por qué?

SERAF. Mira: sobre el velador
tu cigarro de alcanfor.

SERAFIN. Es verdad, hoy le olvidé. (Tomándolo.)
Tu prevision me consuela.

SERAF. Has puesto en ese calzado
azufre?

SERAFIN. Estoy azufrado
lo mismo que una pajuela,
por cierto que preferible
es el mal que esto evitar
pueda, al remedio de usar
remedio tan combustible.

SERAF. Descansar se podrá al fin.

SERAFIN. Quiéralo la Providencia.
Serafina, qué existencia!

SERAF. Qué existencia, Serafin!

SERAFIN. Ay! Quién sabe si otra vez
me calentaré al brasero
en aquel piso tercero
de nuestra calle del Pez.
Yo que en mi vida salí
de Madrid más que tal cual
vez para ir á Fuencarral,
Valdemoro ó Chamberí;

y terrible ó imponente
el tránsito, á mis pies, era
que hay desde la Corredera
hasta la plaza de Oriente.
Hoy incansable me ves
hacer millas viento en popa
recorriendo media Europa
en el espacio de un mes.
Correr y correr sin tino
derrochando un capital.

SERAF. Es verdad!

SERAFIN. Y ménos mal
si conservase el destino.

SERAF. Cesante!

SERAFIN. Supe ayer tarde
que el gobierno destituye,
salva excepcion, al que huye,
es decir, al que es cobarde.
Yo, qué quieres, francamente,
hasta ahora habia ignorado
que para ser empleado
es preciso ser valiente.

SERAF. Habrá injusticia tamaña!
En circunstancias tan graves...

SERAFIN. Pero mujer, tú no sabes
que no hay justicia en España?
por lo demas no hay razon
para que el lance te importe,
en cuanto vuelva á la córte
me paso á la oposicion,
y antes que llegue el invierno,
pues mi saña así provoca,
ó el gobierno me coloca
ó hago que caiga el gobierno.
Voy á ser un Catilina,
un Bruto...

SERAF. Baja la voz.
Serafin, eres atroz.

SERAFIN. Soy muy atroz, Serafina.

SERAF. Pero la lengua reporta;
cuando llegue la ocasion
hablarás.

SERAFIN. Tienes razon.
pensemos en lo que importa.
Y lo que importa primero,
aunque hacerlo me contrista,
es presentarte á la vista
nuestro estado financiero.
De la miseria al abismo
corremos, antro insondable.
SERAF. Pero es ya tan deplorable...
SERAFIN. Hija, deplorabilísimo.
La situacion aflictiva
de mi precaria fortuna
verás; por de pronto una
mirada retrospectiva:
tres meses pronto va á hacer
que de la salud en pos
por esos mundos de Dios
no hacemos más que correr.
Cesante sin cesantia,
solo poseo en total
un pequeño capital
fruto de mi economia.
Ese reducido haber,
que un debe pronto será,
Serafina mia, está
á punto de fenecer.
Otro viaje, otro traje,
y tenemos que empeñar
el traje para pagar
los gastos de ese viaje.
SERAF. Siempre llorando el dinero
que gastas...
SERAFIN. Yo te respondo
que estamos cerca del fondo.
SERAF. Exageras.
SERAFIN. No exagero.
Que no poseo una mina
tu imprevision olvidó.
SERAF. Serafin, no he sido yo.
SERAFIN. Tampoco yo, Serafina.
SERAF. Quién por el pánico ciego
se arrojó á la eterna brega

de fondas y trenes? Niega
que fuiste tú...

SERAFIN. No lo niego.

SERAF. Entónces?

SERAFIN. Pero en el plan
de huida, en mi itinerario
yo juzgaba innecesario
pasar de San Sebastian.

SERAF. Y el cólera?

SERAFIN. Fácil era
darle en España un capeo,
y la precision no veo
que hizo pasar la frontera.

SERAF. Conque es decir que yo pago
la culpa!

SERAFIN. Evita un exceso.
Bien, no riñamos por eso.

SERAF. Pues paga y calla.

SERAFIN. Eso hago.
Mi voz advertirte quiso
la situacion del tesoro.

SERAF. Como tú, yo la deploro,
pero sabes que es preciso.

SERAFIN. Y el porvenir?

SERAF. No te aflija,
verás cómo se acomoda
todo con la pingüe boda
que preparo á nuestra hija.
Y á propósito, presumo
que el quidam nos ha perdido
de vista.

SERAFIN. Se habrá aburrido.

SERAF. Vaya con Dios.

SERAFIN. La del humo.

SERAF. Si le veo oirá de mí
las verdades del barquero.

SERAFIN. Bien harás.

SERAF. No verle espero.

SERAFIN. (Si supiera que está aquí!)

SERAF. Yo los desorientaré;
de mí no se han de burlar.
Me irrito solo al pensar

que á todo esto ha dado pie
esa tonta mocosuela.
No era bastante que huyeramos
del cólera...

SERAFIN. Qué hacer, eramos
pocos y parió mi abuela.

SERAF. Qué hay del morbo?

SERAFIN. (Tomando un periódico.) Voy á ver.
Segun el *Reino* parece
que la mortandad decrece:
cuatro en Madrid anteayer.

SERAF. Y aquí?

SERAFIN. Vive sin temor.
Nada la epidemia augura,
el Doctor te lo asegura.

SERAF. No te fies del Doctor.
Ojo alerta dia y noche,
y en marcha al punto si acaso.
(Aparece á una puerta el Doctor y como despidiéndose de una persona y dice.)

DOCTOR. Solo para el primer caso.

SERAF. El primer caso!!

SERAFIN. Sí!!

SERAF. Al coche.

ESCENA VI.

DICHOS, el DOCTOR, luego JUAN y el MOZO.

DOCTOR. Qué pasa? por qué tal prisa?

SERAFIN. Es acaso fulminante?

DOCTOR. Pero el qué?

SERAFIN. Hace un instante
nombró usted un caso...

DOCTOR. Que risa!
tanto miedo es ya fatal.
Hablaba con un amigo,
y digo caso y lo digo...

SERAFIN. Un caso comun?

DOCTOR. Sí tal.
(Serafina da muestras de encontrarse indispuesta y se deja caer en una silla.)

SERAFIN. Otra vez la calma reine.
SERAF. El susto...
SERAFIN. Estás mala!!
SERAF. Sí.
SERAFIN. Serafina. En donde...
SERAF. Aquí.
SERAFIN. Adios, ya pareció el peine.
Agua hirviendo alcanforada!
éter, manzanilla, té. (Gritando.)
DOCTOR. Pero hombre, cálmese usté;
á ver, señora... no es nada.
JUAN. (Acudiendo.) Qué sucede?
DOCTOR. Una quimera,
lo que tiene es atonia
de estómago, convendria
darle un trozo de ternera.
SERAF. Me siento más aliviada,
pero por si el mal aprieta,
Serafin...
SERAFIN. Qué?
SERAF. La receta,
haz que la pongan mechada.
SERAFIN. Pues vamos al comedor:
si gustan... nada; franqueza.
DOCTOR. Muchas gracias. (Juan saluda.)
SERAF. (De pronto.) Qué cabeza!
SERAFIN Qué hay, mujer?
SERAF. Y el alcanfor?
(Serafin busca su cigarrillo y se lo pone en la boca. Vánse seguidos del Mozo.)

ESCENA VII.

JUAN y el DOCTOR.

JUAN. No será muy de peligro
mal que se cura comiendo.
DOCTOR. Es eficaz panacea
como base ó fundamento
de toda la economia,
son seguros sus efectos
siempre que la inanicion

se presente en el enfermo.
JUAN. Verdad es de Pero Grullo.
DOCTOR. No ménos cierta por eso.
JUAN. Tiene usted razon. (Me carga,
no sé por qué, ese galeno.)
Con el permiso de usted. (Toma un periódico.)
DOCTOR. Su servidor. (Saludando.)
JUAN. Caballero... (Váse el doctor.)

ESCENA VIII.

JUAN y DANIEL.

JUAN. Aquí está, Daniel. La viste?
DANIEL. La he visto. Un instante, al vuelo.
JUAN. No la has hablado?
DANIEL. Eso no.
Verás; por el agujero
de la cerradura, al paso
miré receloso y creo
que era ella... ó su miriñaque.
Me latia tanto el pecho!
JUAN. Estás hecho un colegial.
DANIEL. Búrlate de un sentimiento
que no puedes comprender.
Es tan puro... tan honesto!
Sabes que sentimental
nunca lo fuí.
JUAN. En cuanto á eso...
DANIEL. Pues bien, ni yo me conozco.
JUAN. La has escrito?
DANIEL. Por supuesto.
JUAN. Un billetito bucólico,
un idilio: lo estoy viendo,
entre floridas hipérboles
y tropos de todos géneros,
angustias, quejas y celos.
Está rimado?
DANIEL. Bien, búrlate.
JUAN. Pues hombre, tú no haces versos?
DANIEL. Y bien, y qué? aunque lo esté...
JUAN. Á que te adivino el metro?

Y es tanta la pena,
tan crudo el tormento
que siente mi alma
de la tuya lejos,
que en tu amor pensando
ni como, ni bebo,
ni duermo la siesta,
ni fumo, ni leo,
ni sufro, ni gozo,
ni aguardo, ni espero,
ni gimo, ni rabio,
ni vivo... no es esto?

DANIEL. Vamos, déjate de bromas.

JUAN. Acerté?

DANIEL. Estamos perdiendo
de un modo muy lastimoso
con tanto charlar el tiempo.
Que llegue á ella es lo que importa,
y mandarle es lo primero.
Una cita simplemente
la pido; ni más ni ménos. (Sale un mozo.)

JUAN. Calle, aquí tienes un mozo.
Como llovido del cielo (Al Mozo.)
has llegado, vas á ser
el mercurio mensajero.

DANIEL. Quieres callar?

JUAN. Ya me callo.
Vas á llevar al momento
esta esquela...

MOZO. Señorito,
si corre prisa no puedo.

DANIEL. Tienes que hacer?

MOZO. Estoy sirviendo el almuerzo.
He salido solamente
á una comision, y vuelvo
al comedor.

JUAN. El refran
«quien hace un cesto hará ciento»
nos dice: «En vez de la una
haces dos.»

MOZO. Es muy cierto,
pero esa una consiste

en decirle al camarero
que avise á una señorita.

JUAN. La señora que há un momento
se puso enferma es la que
te envia?

MOZO. Justo.

JUAN. Soberbio;
haces las dos comisiones
si vas en persona...

MOZO. Pero...

DANIEL. La esquela es precisamente
para ella...

MOZO. Ya comprendo. (*Resistiéndose.*)

DANIEL. Y por si te queda duda
convéncete. (*Le da una moneda.*)

MOZO. Me convenzo.

JUAN. Vamos á tomar café.

(*Se dirigen á la derecha. Lola, que ha salido un momento antes, se acerca al mozo y le toma la carta.*)

LOLA. Diga usted que voy corriendo.

(*Se pone á leer la carta.*)

DANIEL. Juan, es ella! (*Viéndola.*)

JUAN. Daniel,
te dejo solo. Hasta luego. (*Váse.*)

ESCENA IX.

LOLA y DANIEL.

DANIEL. Lola mia!

LOLA. Daniel!

DANIEL. Te encuentro al fin!

LOLA. Y yo á tí.

DANIEL. Ingrata!

LOLA. Yo ingrata?

DANIEL. Sí.
Á tu juramento infie
de mí olvidada quizás
al par que de tu promesa.
Sin escribir!

LOLA. Buena es esa! (*Interrumpiéndole.*)
Á pesar de mis papás

que se empeñan cada dia
más en que olvide tu amor,
no he dejado, no señor,
de escribirte.

DANIEL. Lola mia!

LOLA. Ingrato! pedirme celos...
sabes que en tan corta ausencia
gasté en mi correspondencia
dos libras de caramelos?

DANIEL. Merece una explicacion
el enigma; la dulzura
no explica, se me figura,
bastante que conexion
pueda haber...

LOLA. Que me he servido
de su envoltura: esto es,
que en cada papel, despues
de comerme el contenido,
escribia: «Daniel,
en Dios y en mi amor confia,
búscala, que el alma mia
va envuelta en este papel;
yo jamás podré olvidarte,
para y por tí siempre vivo.
Desde tal punto te escribo,
y me dirijo á tal parte.»
Y estos billetes escritos
en cantidad, de antemano
por donde pasó mi mano
fuí sembrando papelitos.

DANIEL. Lola, feliz ocurrencia.

LOLA. Pues mira, salió de aquí. (La frente.)

DANIEL. Ayer tu carta leí.

LOLA. Dónde?

DANIEL. En la *Correspondencia.*
Yo siguiéndole la pista,
con ellas no pude dar,
y las halló sin buscar
indiscreto periodista.

LOLA. Mi billete impreso?

DANIEL. Impreso.

LOLA. Todo no.

DANIEL. Quizá una errata...
LOLA. Á que falta la postdata?
DANIEL. Y era?...
LOLA. Bah, dejemos eso. (Mucha intencion.)
DANIEL. Cesen los reproches vanos,
confieso que injusto he sido.
En señal de mútuo olvido
deja que sobre estas manos
alabastrinas, que ingratas
un punto, Lola, juzgué,
te acuso el recibo de
tus dos libras de postdatas.
LOLA. Hablemos como Dios manda,
basta ya de besuqueo.
DANIEL. Bien, Lola, por lo que veo
don Serafin no se ablanda.
LOLA. Quién, papá? Si es un bendito.
Mamá, que en su obstinacion
no ve que la privacion
es causa del apetito,
es quien persigue tenaz
este amor; la que aconseja
que olvide, y que no me deja
ni dos minutos en paz.
Papá, viendo que se obstina
en quererla persuadir,
siempre acaba por decir:
«Tienes razon, Serafina.»
DANIEL. Y qué hacer?
LOLA. Ruede la bola,
al fin y al cabo verás
de todos quién puede más.
DANIEL. Tu valor me alienta, Lola.
No obstante, tú me has hablado
de un rival...
LOLA. Cómo un rival?
DANIEL. Un pretendiente.
LOLA. Sí tal,
pero no te dé cuidado,
se encuentra en el Canadá
ese novio, ya tú ves.
Esa boda solo es

un proyecto de mamá.
Como es rico, le conviene
el yerno, pero á mí no;
ni él me conoce ni yo
á él, y si al cabo viene
jurándoselas felices,
tras de una boda quimérica
se vuelve al Norte de América
con un palmo de narices.

DANIEL. Lola!!

LOLA. No temas, ni á él
ni nadie; aunque el mundo arda
este corazon se guarda
todo para Daniel.

DANIEL. Oh! bendito una y mil veces
tu labio, Lola.

LOLA. Confia
en mi amor.

DANIEL. El alma mia
te lo devuelve con creces.
Nuestros destinos al fin
el cielo por siempre fija.
Oh, tú, seráfica hija
del señor don Serafin!
¿serás mia?

LOLA. Lo seré;
no me detendrá ningun
obstáculo...
(Doña Serafina sale y los sorprende.)

DANIEL. Cataplum!...

SERAF. Dolores, váyase usted. (Váse Lola.)

ESCENA X.

DANIEL, DOÑA SERAFINA, luego el MOZO.

DANIEL. (De fijo me va á arañar.)

SERAF. Caballerete...

DANIEL. Señora...

SERAF. Nos toca á los dos ahora.

DANIEL. Bien.

SERAF. Yo sabré castigar...
Mozo! (Llamando.) un proceder tan vil.
DANIEL. (Qué me irá á hacer esta vieja.)
(Sale el Mozo.)
SERAF. Tráigame usted una pareja.
MOZO. De qué! (Asombrado.)
SERAF. De Guardia civil! (Gritando.)
DANIEL. Vamos á dar á la gente
que hablar.
SERAF. Usted me provoca.
MOZO. Está loca? (Á Daniel.)
DANIEL. Sí; está loca,
váyase usted. (Váse el Mozo.)
SERAF. Insolente!
En dónde está mi marido!!
DANIEL. Hablemos con calma.
SERAF. Sí. (Cambio brusco.)
Á qué ha venido usted aquí?
DANIEL. Y ustedes á qué han venido?
SERAF. Qué se entiende?
DANIEL. Usted se enoja?
Pues hace mal.
SERAF. Caballero...
Yo vengo aquí porque quiero.
DANIEL. Y yo porque se me antoja.
Lo que es este amor, en vano
lucha usted por extinguirlo;
ni olvidarlo ni adquirirlo
está del hombre en la mano.
Venga usted á la razon,
déjese usted convencer;
por qué empeñarse en torcer
nuestra mútua inclinacion?
Tengo un honrado apellido;
pobre, señora, no estoy,
en una palabra, soy,
lo que se llama un partido.
Por qué pues si amor eterno
nos une, á mi llanto ciega
su labio tenaz me niega
el dulce nombre de yerno?
En qué he merecido yo

ese odio? Pero quizás
usted se ablande...

SERAF. Jamás.

DANIEL. Pero, por qué?

SERAF. Porque no.

DANIEL. La razon es convincente,
así una voy á añadir
tan solo que usted va á oir
aunque me llame insolente.
Amo á Lola, y pues mi estrella
me otorga su afecto puro,
á pesar de todo, juro
que me casaré con ella.
Yo la ley invocaré
contra el tirano capricho
que usted nos opone. He dicho.
Señora, á los pies de usté. (Váse.)

ESCENA XI.

D. SERAFIN y DOÑA SERAFINA.

SERAF. Serafin!...
(Llamándole á gritos y repuesta de la sorpresa.)

SERAFIN. Qué hay, Serafina?

SERAF. Mátamelo!

SERAFIN. (Mucha calma.) Pero á quién?

SERAF. Á ese infame. Dónde está
el rewolver?

SERAFIN. Cálmate,

SERAF. No tienes sangre en las venas.

SERAFIN. Pero qué pasa, mujer?

SERAF. Dice que se casará.

SERAFIN. Tanto peor para él.

SERAF. Asesino... en su cinismo
aun osa invocar la ley.
Anda, desafíalo.

SERAFIN. Déjalo para despues.

SERAF. Á dos pasos, á pistola...
quiero su cabeza.

SERAFIN. Bien.

SERAF. Me ha insultado!

SERAFIN. Picardia!

Pero en resúmen, quién es
á quién debo ejecutar?
Hasta ahora nada sé.
Quién merece aquí la pena
capital?

SERAF. Él!!

SERAFIN. Quién es él!
Ah! ya caigo...

SERAFIN. Así cayeras,
pero para no volver
á levantarte.

SERAFIN. Mil gracias.

SERAF. Búscalo.

SERAFIN. Soy yo lebrel?
Así dicen á los perros;
búscalo, piénsalo bien.
Tú no cuentas con la huéspeda.
No es más posible que en vez
de pegarle un tiro yo
él me dé dos puntapies?

SERAF. Cobarde!

SERAFIN. Solo prudente.

SERAF. Demasiado.

SERAFIN. Ya lo sé.
Lo que importa es que te calme.

SERAF. La cólera!

SERAFIN. Por Dios, ten
prudencia; nada más fácil
que el *la* se convierta en *él*,
y aquí el sexo del artículo
no es un grano de anis.

SERAF. Bien.
Voy á cerrar los dos mundos.

SERAFIN. Cómo, á marchar otra vez?

SERAF. Ni él, ni tu hija, ni tú
mi voluntad torcereis.
Él se quedará soltero
ó buscará otra mujer,
tu hija vestirá imágines
ó irá con quien yo querré;
en cuanto á tí... dí que suban
por el equipaje.

SERAFIN. Pues
me sublevo y formo liga
con los rebeldes.

SERAF. Y qué
me importa? Napoleon
el modo de deshacer
las coaliciones enseña.

SERAFIN. Jesus Maria y José!
La guerra continental!
Pues mira, repasa bien
la historia; quizá un ejemplo
el emperador te dé.

SERAF. No hay ejemplo aquí que valga.

SERAFIN. Sí le hay.

SERAF. Vuelvo. (Váse.)

SERAFIN. (Siguiéndola.) Despues
de un Austerlitz, tuvo el héroe
un Waterlóo... Qué mujer!
Lástima de santa Elena!
Mozo, una taza de té.
(Á la puerta por donde marchó Doña Serafina.)

ESCENA XII.

D. SERAFIN, DANIEL y JUAN.

DANIEL. D. Serafin... (Saliendo á su encuentro.)

SERAFIN. Servidor.

DANIEL. Gracias... gracias. (Tratando de abrazarle.)

SERAFIN. No hay de qué.

DANIEL. Usted es mi padre.

SERAFIN. Yo!

DANIEL. Me explico mal, usted es
nuestra Providencia: Juan,
Juan amigo mio, ven.

JUAN. Qué hay?

DANIEL. Don Serafin me otorga
su hija.

SERAFIN. Qué dice usted?

DANIEL. Todo lo oí...

SERAFIN. No...

DANIEL. Invencibles

de hoy más seremos los tres.
La tirania materna
se nos opone? Pues bien,
la union constituye la
fuerza: á luchar y vencer.

SERAFIN. Pero hombre...

DANIEL. Fuera cumplidos,
Touchez, mon ami, touchez.
Juan, te presento á mi suegro
don Serafin... no se qué...

JUAN. Celebro...

DANIEL. Mi amigo Juan.

JUAN. Que le da su parabien
por la acertada eleccion
de yerno...

DANIEL. Calla... (Afectando modestia.)

JUAN. Así.

SERAFIN. Hombre, me deja usted hablar?

DANIEL. Con mucho gusto.

SERAFIN. Pues bien:
yo...

DANIEL. Permita usted, amigo.
Yo me llamo Daniel
de Velez; veinte y dos años;
vine á este mundo en Jerez;
huérfano de padre y madre,
soltero, poseo tres
cortijos, cuatro dehesas,
y tengo acciones de diez
ferro-carriles: en suma,
no me falta que comer.
Respecto de mi conducta...

JUAN. Yo abono.

SERAFIN. Si abona usted...
por lo francotes me gustan.

DANIEL. Ahora que sabe quién es
su aliado...

SERAFIN. Puedo hablar?

DANIEL. Sí señor: escucho.

SERAFIN. Pues
le diré que...

JUAN. Usted perdone

si le interrumpo otra vez.
Hay cosas que la modestia
de mi amigo Daniel
le oculta.

DANIEL. Calla...

JUAN. Sus dotes
morales...

DANIEL. Calla.

JUAN. No á fe.
Un talento universal;
pinta como un Rafael,
es un Rubini cantando;
Franconi, Price ni Tempée
no revuelven con mas gracia
un caballo.
(El Mozo saca un servicio de té y lo coloca sobre el velador.)

DANIEL. Calla!

JUAN. Y quién
más donoso, más afable,
más valiente, más cortés,
más honesto, más sencillo
ni más honrado que él?

SERAFIN. Permitan que... (Impaciente.)

JUAN. / DANIEL. Permitimos.

SERAFIN. Pues bien, ante todo...

MOZO. (Poniéndoselo delante.) El té.

DANIEL. Toma usted té?

SERAFIN. Sí señor,
no me sentia muy bien...
si ustedes gustan...

DANIEL. El claro
gustamos, sí, pero en vez
de ese exótico brebaje
venga champagne. Bebe usted?

SERAFIN. Solo... así... de vez en cuando,
los dias de mi mujer...
Qué jóvenes más simpáticos,
Mozo, tráelo muy *frappé*.
No me hará daño?

JUAN. El champagne?

SERAFIN. Pues entónces á beber.
Yo he sido muy calavera.

DANIEL. Oiga!

SERAFIN. He sido de la piel
del demonio.

JUAN. Se conoce.

SERAFIN. Hasta el año veintitres:
señores, vaya otra ronda
de anisete.
(Sirve en la taza y la copa y se reserva el frasco.)

JUAN. Bravo!

DANIEL. Bien!
á la salud de mi suegro.

JUAN. Á la salud del primer
vástago.

SERAFIN. Y á la de ustedes. *(Beben.)*
Pues con este ya van tres.

JUAN. Muy bien por don Serafin.

SERAFIN. Van ustedes á creer
que me gusta.

DANIEL. Y qué hay de malo
en que le guste?

SERAFIN. Pues bien;
francamente, no reniego
de la estirpe de Noé;
me gusta... que si me gusta!
pero no puedo beber;
mi costilla... digo, el médico
me lo prohibe. Así pues,
como le iba á usted diciendo...
Jóven, no se case usted.
No se case usted, amigo.

DANIEL. Don Serafin, y por qué?

SERAFIN. Yo fuí el hombre mas feliz
hasta el año veintitres.
Funesta fecha!

DANIEL. Qué, alguna
desgracia?

SERAFIN. Sí, me casé!!
Pero no viene el champagne?

MOZO. Aquí está. *(Destapa la botella.)*

SERAFIN. Don...

DANIEL. Daniel.
SERAFIN. Don Daniel, la alegria
que me retoza, el placer
de echar una cana al aire...
DANIEL. Bebamos...
SERAFIN. Espero á que
se pasen las chirivitas.
JUAN. Antes á brindar.
SERAFIN. Á quién?
DANIEL. Yo por doña Serafina.
SERAFIN. Hombre, no se case usted.
DANIEL. Y el amor?
SERAFIN. El amor, jóven,
inspira cada sandez.
DANIEL. Sin duda usted se arrepiente?
SERAFIN. Ay, no lo sabe usted bien.
Amor, embustero prisma
que hace ver todo al revés;
luego, á la luz de la antorcha
del himeneo, se ve
lo que era color de rosa
tornarse en negro de pez.
Quién me habia de decir
el dia que la encontré
con su basquiña amarilla
al salir de San Ginés,
tan modesta y recatada,
que iba á ser... lo que iba á ser!
DANIEL. Sin duda usted exagera.
SERAFIN. Jóven, no se case usted.
DANIEL. Las leyes del corazon
son imperiosas.
SERAFIN. Tambien
yo á esa ley obedecí
cargando con mi mujer;
en ella puse mi amor,
y ella me puso la ley.
Qué tragos me ha hecho pasar!
(Se sirve y bebe.)
Á nadie inspiro interés
en la tierra, soy un hongo.
Hoy, por la primera vez,

siento la dulce expansion
que hasta el año veintitres;
los amigos... las botellas...
Touchez, mon ami, touchez.
(D. Serafin comienza á embriagarse, aunque desde la salida debe dar muestras de beber sin costumbre; la embriaguez debe ser de las vulgarmente llamadas lloronas; esto es, expansiva y lúgubre.)

DANIEL. Oh, sí; somos sus amigos.
Á lo que entiendo, no fué
acertado en su eleccion?

SERAFIN. Tan acertado, que al mes
de matrimonio, ya dije,
como la rana, *la erré.*

DANIEL. No congeniaban ustedes?

SERAFIN. Como un gato y un lebrel;
mi Serafinita tiene
un genio de Lucifer
para acibarar mi vida;
yo con loca estupidez
descansaba en lo imposible,
que era encontrar otro sér
como yo de tan mal gusto,
que me disputaba el
corazon de la tarasca
que me cupo por mujer...
Pues mire usted, los habia.

DANIEL. Vaya un plural.

SERAFIN. Óigame.
Un dia que la oficina
antes de la hora dejé,
llego á mi casa... penetro...
Jóven, no se case usted.
La estaba diciendo amores
un teniente aragonés.
Amigo, si el matrimonio
tiene una luna de miel,
tiene como el paraiso
una serpiente tambien;
son atroces los de tropa.
Jóven no se case usted
mientras haya coraceros.

JUAN.. Qué un coracero?
SERAFIN. Del Rey,
número uno.
DANIEL. Supongo
que con un duelo...
SERAFIN. Fué mi primer
impulso, un duelo terrible
á muerte... pero despues
lo pensé un poquito más,
fuí filósofo y callé.
JUAN. Brava determinacion.
SERAFIN. Jóven, no se case usted.
DANIEL. No es razon, porque la madre
no tiene la culpa de
que un atrevido...
SERAFIN. Verdad,
ella nunca le dió pie.
DANIEL. Entónces lo dicho, dicho,
papá suegro, abrázame.
SERAFIN. Anda, sírveme otra copa
y deja el mundo correr.
Diria que estoy peneque.
DANIEL. Ya por lo queda?
SERAFIN. Amen.
Nel vino cerchiame. (Cantando el *Hernani.*)
SERAF. (Vestida de viaje.) Qué veo!
SERAFIN. *Cerchiame al men un piacer!*

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DOÑA SERAFINA, luego el DOCTOR y el MOZO.

SERAF. Dónde está la dignidad,
marido imbécil?
SERAFIN. Mujer!
SERAF. En lugar de obedecer
á ciegas mi voluntad
te encuentro siendo el bufon
en tan asqueroso estado
de quien sin duda han tomado
esto por un bodegon.
SERAFIN. Mira, deja por ahora

tu sermon.

SERAF. Fuera de aquí.

SERAFIN. Yerno, contesta por mí.

SERAF. Cómo yerno?

DANIEL. Sí señora.

SERAF. (Á Lola, que sale.)
Lola, vámonos las dos.
Que es tu padre á nadie digas.
Vil esposo, á esto me obligas.
Adios para siempre.

SERAFIN. (Cayendo en un sillon.) Adios!

(Lola permanece indecisa consultando con su mirada á Daniel; Juan se aproxima á Doña Serafina y la lleva ap.)

JUAN. Usted la desdicha labra
de mi amigo Daniel,
perdone usted si por él
la dirijo la palabra.
Es el médico inmortal...

DANIEL. (No mientas.)

JUAN. (No hay otro medio.)
Que por fin halló el remedio
contra el cólera fatal.

SERAF. Qué ha dicho usted? Ay de mí!
Qué delicia!! Amado yerno!

JUAN. Ya teneis el sí materno.

LOLA. De veras, mamá?

SERAF. Hija, sí.

LOLA. Qué dicha!

JUAN. No hay que temer.

LOLA. Y nos podemos casar!
(Cogiendo de las manos á Daniel.)

DANIEL. Un *Te Deum* hay que entonar.

DOCTOR. (Saliendo con un periódico en la mano.)
En Madrid se cantó ayer.

SERAF. De veras?

DOCTOR. Sí.

SERAFIN. Qué alegron!
Daniel, otro taponazo.

DANIEL. Yo por mi parte lo aplazo,
señores, á la estacion.
Cumplióse mi voto al fin.

LOLA. Porque vence quien se obstina.

SERAFIN. Me perdonas, Serafina?

SERAF. Pues es claro, Serafin.

DANIEL. (Ap. á Serafina.)
Abriga aun resentimiento
su corazon contra mí?

SERAF. No tal; por qué?

DANIEL. Siendo así...
(Se dan las manos.)
Mozo! la cuenta.

MOZO. (Que entra y sale.) Al momento.

LOLA. En tanto que se solventa
esta cuenta, haz el favor,
público amigo y señor,
de ajustarnos la otra cuenta.

FIN DE LA PIEZA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice con las supresiones hechas.

Remítase para su aprobacion el ejemplar corregido.

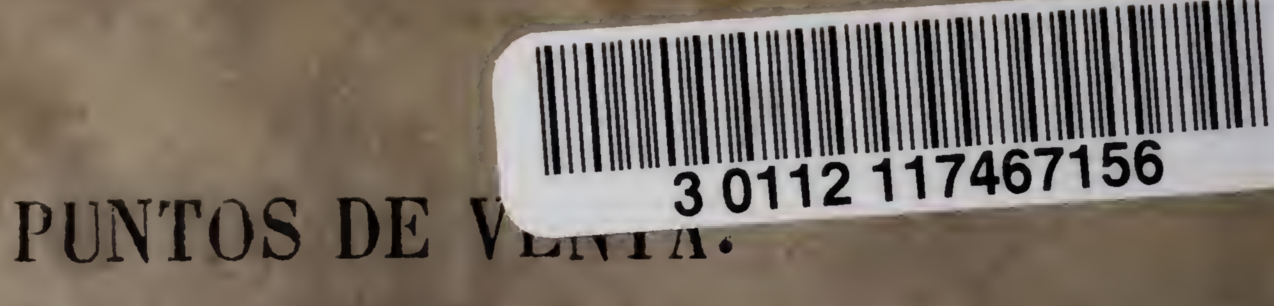
Madrid 16 *de Octubre de* 1867.

El censor de teatros,

NARCISO S. SERRA.

Quedan hechas las supresiones indicadas por el censor.

EL AUTOR.



PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Manzano.
Albacete	Ruiz.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Muro.
Alicante	Viuda de Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Coronado.
Barcelona	Cerdá.
Idem	V. de Bartumens.
Bejar	Lopez Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Pedreño.
Castellon	J. Maria de Soto.
Ceuta	M. G. de la Torre.
Ciudad-Real	Acosta.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Viuda de Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é hijo.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	J. Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Brieba.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrio.
Orense	Perez.
Orihuela	Martinez Alvarez.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Hijos de Gutierrez
Palma	Gelabert.
Pamplona	Rios.
Pontevedra	Buceta Solla y compañia.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	V.ª de Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Oña.
Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Gra. Campos.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	I. Garcia.
Idem	J. Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	A. Juan.
Ubeda	Perez.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.